

Plaza pública

► **Sansores, Echeverría, Chiapas**

► **Ausencias y presencias agrarias**

Miguel Angel Granados Chapa

La información política se agolpa y apenas deja tiempo para abordar cada uno de sus elementos en la dimensión que sería preciso asignarle. La comparecencia del secretario de Hacienda en la Cámara de Diputados, que no tiene sólo efectos legislativos sino también políticos en relación con él mismo, con el funcionamiento del Congreso y con las materias de que trató la sesión de anteayer, se confunde casi con las consideraciones que acerca de temas semejantes habrá que hacer, a partir de mañana, a propósito de lo que diga en la propia Cámara don Miguel de la Madrid, al presentar el proyecto de presupuesto para el año próximo.

Al mismo tiempo, otras noticias requieren un primer acercamiento, a reserva de una meditación más detenida. Por ejemplo, la nueva misión diplomática atribuida al ex presidente Echeverría, que deja de ser embajador en Australia, Nueva Zelandia y las Islas Fidji. No resulta estrictamente extraño el acontecimiento, porque buena parte del tiempo en que estuvo acreditado ante esas naciones lo pasó este sui generis miembro del servicio exterior aquí mismo o en Europa, ya sea atendiendo asuntos particulares o los que se derivan de su pertenencia al comité ejecutivo de la UNESCO. Conforme a la necesidad y tradición políticas, ahora que está de regreso es de esperarse de él una gran prudencia, aunque ello equivalga al siempre insatisfecho pedido de peras al olmo.

Pretender interferir en asuntos propios de una función que se ejerció en el pasado puede tener costos muy altos. Así acaba de saberlo en carne propia don Carlos Sansores Pérez. Cuando se le retiró de la presidencia del PRI debió haberse sentido gratificado con que en vez de colocársele en el desván político se le encomendara una tarea de tan gran importancia como la dirección del ISSSTE. Muy probablemente don Carlos midió de manera inapropiada las causas por las que se le designó para ese cargo y tal vez considerando que era indispensable al sistema político, o que su fuerza lo convertía en un factor del que no podía prescindirse, dedicó buena parte de su tiempo y de los recursos de la oficina que se le confió a hacer política de la que no se vale. Por eso se fue.

En cambio, don Salomón González Blanco se ha ido del gobierno de Chiapas, en vísperas de cumplir dos años en el interinato que le propició la designación de don Jorge de la Vega como secretario de Comercio, por una notoria inadecuación entre el hombre y la tarea. La experiencia de don Salomón no correspondió con el interés que tenía en su trabajo y ello, aunado a otras circunstancias, generó repercusiones funestas, que incluyeron muertes, en torno de las elecciones municipales.

Digamos, por último, una palabra acerca de la ceremonia con que ayer se recordó la firma del Plan de Ayala. Hubo una ausencia notable en Ayoxuxtla, Puebla, donde tuvo lugar el acto principal. Soplándole al jocoque después de haberse quemado con leche hace unos meses en Cuautla, don Antonio Toledo Corro prefirió hacer mutis y no exponerse a una nueva rechifla. No fue el único que faltó: también los pobladores de la región se quedaron afuera, pues los contingentes de las centrales agrarias coparon las tribunas. Hubo en cambio dos presencias conspicuas: la de don Gonzalo Armienta, subsecretario de la Reforma Agraria, capaz de lograr la imposible conciliación de trabajar en una oficina que por esencia ha de practicar una política revolucionaria y de promover la fundación de una universidad que por definición será contrarrevolucionaria. Y la de Humberto Serrano, que en vez de estar en la cárcel sigue al frente del Consejo Agrarista Mexicano.

unomásuno

El campo en la modernidad de México

Dice bien el secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos al señalar, en ocasión del 68 aniversario de la promulgación del Plan de Ayala, que la figura de Zapata "permanece en el horizonte de México como símbolo y como advertencia". Dice bien, sobre todo por la infortunada coincidencia de su discurso con un momento de fuerte derrumbe agrícola de producción temporalera en el campo, cuya estructura desigual revela hoy la debilidad acumulada y los desequilibrios profundos que impiden un desarrollo agrícola capaz de resolver el doble problema de autosuficiencia alimentaria y de la modernización armónica, política y socialmente ajustada, de la agricultura mexicana.

No hace falta ir muy lejos en la exploración histórica del zapatismo para recordar que una situación semejante fue el origen regional de la lucha que terminó resumiendo las aspiraciones y las carencias del grueso del campesinado mexicano. Fue precisamente el auge de enclaves agrícolas modernos —las haciendas azucareras— que crecían vigorosamente a expensas de las tierras y los derechos de los pueblos, la raíz del litigio y el detonador de la lucha de los campesinos de Morelos.

En un país de escala económica cualitativa —al que la industrialización ha vuelto de nuevo a te hegemonícamamente urbano— la situación del campo de hoy presenta, sin embargo, rasgos comparables a los de la situación de Morelos en 1910: notorios y rentables enclaves agrícolas modernos crecen y se reproducen con vigor a expensas de las necesidades y urgencias de la agricultura tradicional; hacia esos enclaves, penetrados como las haciendas moraleses por el espíritu de la tecnificación y el mercado de la rentabilidad y la demanda internacional, fluyen los recursos agrícolas de privilegio: financiamiento, agua, circuitos ágiles de comercialización e innovaciones tecnológicas. Su pujante desarrollo se refleja con cifras alentadoras en la balanza comercial y su competitividad está fuera de duda. Pero de ese desarrollo el país no ha obtenido la seguridad básica de abasto alimentario ni la participación plena de sus grandes mayorías rurales en la cadena de la producción y el beneficio.

La balanza de las soluciones económicas de este déficit manifiesto en la producción de alimentos para consumo interno, se inclina abruptamente, como respuesta de emergencia, o la importación de lo que falta. A diferencia de la situación de 1910, México cuenta hoy, por su dimensión petrolera, con los recursos que permiten importar esos bienes sin que los números de su intercambio exterior resientan graves desequilibrios. Pero en lo político y en lo social gravita ese campesinado al que la industria y las ciudades no pueden incorporar ni la modernidad agrícola ha podido tocar y transformar hasta ahora. El costo de estas contradicciones tiene un sentido más profundo y